



Santiago de Chile,

26 de septiembre de 1914

EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA "ZIG-ZAG", TEATINOS 666.

IRIS A SHADE DESPEDIDA

Junto a tu ataúd.

Te he visto marmórea y rígida a través del cristal de tu ataúd, aparición pálida en que la muerte había impreso su terrible máscara, borrando para siempre la mujer de gracia y encanto que tú fuiste. Buscaba entre los rasgos ya petrificados de tu cuerpo helado, algo siquiera que te identificara al sér adorable que eras, pero la muerte te aprisionaba ya en su seno y allí junto a mí en la estancia mortuoria estabas más lejos que las estrellas de la noche en el cielo transparente.

Me arrodillé entre los blancos lirios que cubrían tus despojos y evoqué la vida ya pasada... Aún mis ojos te veían adorable y bella en los días lejanos de nuestra juventud, prendiendo las voluntades humanas en las redes de tus encantos, derramando en torno tuyo gracia y poesía. Recuerdo nuestro primer encuentro en una tarde de primavera; eras esbelta y flexible, misteriosa y dulce. La naturaleza te había provisto de un encanto indecible y sutil. Tenías todo lo que perturba al hombre, todo lo que desarma a la mujer, todo lo que encanta al anciano y todo lo que seduce al niño.

Ese algo impalpable y secreto que constituye el atractivo peculiar de la mujer, tú lo poseías en tu cuerpo grácil, en tu garganta de ave canora, en tus penetraciones y sutilezas.

Jóvenes y viejos sentían junto a ti eso que ninguna lengua traducirá jamás por ser el privilegio de la mujer de una sola raza: el Charme! Tu madrina de cuna debió de ser entre todas las hadas *L'Enchanteresse*, pues te prodigó el secreto que los dioses

reservan a los seres de elección, haciéndote mujer en todo lo que ese concepto tiene de bello, de frágil, de delicado y de exquisito.

Eras encantadora y encantaste. Supiste poblar de ensueños quiméricos los lugares que habitaste, supiste atraer la simpatía, desarmar los odios y borrar los rencores.

Tenías la soberana impunidad de tu propio encanto... ¿quién resistió jamás a tu palabra mágica ni a tu sonrisa fina y maliciosa?

Fuiste mujer. Ese fué tu crimen y tu corona. No se te reconocía el derecho de ser la creatura deliciosa y exquisita que la naturaleza te había hecho con fines superiores.

Tenías todos los privilegios que constituyen fatalmente las excepciones y habías de someterte a los mismos deberes que la última creatura.

Tú sabías que no impunemente se poseen tesoros de gracia y de juventud, que no en vano se tiene el secreto de la magia, el hechizo sutil y el talento brillante. Tú sabías que no en vano se embelesa y se canta, se ríe y se llora.

Y sobre todo tú y yo sabíamos que no en vano la vida constituye esa obra maestra de misterio y de ensueño que es una mujer. Sér de prolijidad y de ternura, de adivinación y de encanto... No en vano eras una delicadísima creatura con ensueños magníficos y sensibilidad exquisita. La vida no da esos dones para inutilizarlos.

Se te hizo para la admiración, y te admiraron. Eras poesía, música, canto, sonrisa e ingenio.

No pudo ceñirse a tu frente la toca monjil porque eras ante todo mujer y tu des-



Retrato antiguo de Shade.

tino lo llevabas escrito en tus propios dones. Tenías que vivir como mujer y como mujer viviste.

El alma hermosa que encerraba la delicadeza de tu sexo necesitaba de la prueba humana para modelar la obra eterna.

La soberana armonía de las cosas hizo que cumplieras mejor tu misión cuando creíste desertar de ella y que realizaras más profundamente tu vida interior cuando más te reprobaron...

Lloraste más porque tenías más razones de reír, sufriste más porque fuiste más amada, y te escarnecieron unos pocos porque todos te adoraban. El dolor tenía que ser la inevitable compensación de tus privilegios.

Viviste a escape, como viven los seres que presenten la temprana partida, probaste todos los frutos de la vida con infantil curiosidad, ignorando, imprudente, que llevamos una medida muy corta de aceite en nuestra lámpara.

Te acercaste incauta al misterio de la vida y desencadenaste al monstruo que te devoró, mientras ingenua y atrevida te mirabas vivir asombrada.

Pero nada destruyó el divino talismán que poseías... Ni la incompreensión torpe ni el juicio mezquino logró extinguir tu reír sano, tu voz de sirena y tus ideales altísimos. Mientras más duramente se ensañó en ti la maldad, más noble se irguió tu talle, más misteriosos se volvieron tus ojos y más vibraciones dulces tomó tu acento.

Una noche de invierno que velábamos juntas rompiste en un sollozo, pero luego tus lindas manos se tendieron sobre el teclado blanco y tu voz cálida, vibrante y temblorosa dijo con el poeta:

"Ninón, Ninón, ¿qué fais tu de la Vie?"

Así tus lágrimas se trocaron en cantos haciéndome sentir que el precio de la vida profunda no es caro de pagar con la sangre del alma.

Eras una artista, tenías los ensueños, las dudas, las poesías y las turbaciones de los seres alados que han sorprendido lejanas visiones; y nunca los torpes prejuicios mundanos lograron aprisionarte en los duros barrotes de sus jaulas de oro.

Y ahora, yaces ahí, en el negro ataúd, inmóvil y blanca, sorda a mis lamentos sin que nada en esa grave figura de cera me recuerde a la amiga de los tiempos felices. Te llamo y no me respondes. ¿Es acaso muy lejana la región a donde te has ido? Di ahora en este silencio pavoroso de la muerte si no era justo anhelar que aquí abajo las almas sintieran la belleza de tus ideales?

Si es verdad que sufriste, en cambio diste a tus hermanos de la tierra una razón más para amar la vida y comprender su hondura. Todo eso te será contado en el

tribunal donde no rigen las estrechas medidas de los hombres.

Vuelvo a mirarte rígida y marmórea, yertas tus lindas manos, muda tu ancha garganta que palpitaba en los cantares, plegados para siempre tus labios picarescos y móviles, desnuda tu frente que poblaron los altos ideales. Sólo encuentro aquí:

"Du trépas la majesté muette".

Pero al fin has terminado la fugaz etapa en que el alma sepultada en el cuerpo vive solitaria y desconocida, limitada en su vuelo, falseada por torpes apariencias, hasta que como tú, parte a la ignota región de la justicia soberana. Y por eso sobre la inquietud movilidad de tu fisonomía alegre o melancólica, picaresca o grave, la muerte te ha dejado serena, abrigada para siempre en la Suprema Paz.

Tu alma, al partir, ha borrado todo lo que eras tú, mostrándonos que más que persona humana, eras un sér inmaterial, que todo tu encanto residía en tu espíritu, que toda tu gracia era celeste.

Eras tan deliciosamente femenina porque tenías tanta alma y eras tan delicada y tan tierna porque eras tan mujer.

A través de los estragos de la muerte pienso en el destino que cumpliste doloroso y cruel, bello y misterioso, recuerdo tus ideas profundas y tus gracias sutiles, tus anhelos y angustias, tus ilusiones y pesares.

Me consuela la creencia de que todo ha contribuido a embellecer tu alma y a prepararla para la unión divina.

No temiste la vida y la viviste; ese es nuestro destino.

No hemos venido al mundo a evitar los escollos sino a desafiarlos, no hemos traído a la tierra un corazón para encerrarlo, ni un alma para limitarla. No hemos sido mujeres para odiar sino para amar, no para juzgar sino para perdonar, no para ser crueles sino piadosas... Que los hombres analicen con su entendimiento, mientras nosotros sintetizamos con nuestro corazón... No será el Dios que nos ha hecho sensibles y débiles quien nos haga reos de sus propios dones.

Pero ahora que te has ido tú la única, te miro por última vez, lejana e inconocible... No puedo besarte porque el helado cristal de tu ataúd, como la barrera del infinito, separa nuestros labios y tiendo mis brazos hacia ti entre los blancos lirios que te circundan, esos lirios que tantas veces cogimos juntas en la primavera para decorar la imagen de la Madre del Amor. Hermoso; y digo a ella que es el lazo eterno de las almas hermanas y desterradas, como en los tiempos de nuestras plegarias juveniles.

Virgo Inmaculata, Ora pro nobis.

